

REVISIÓN TEÓRICA RESPECTO A LAS CONDUCTAS PROSOCIALES. ANÁLISIS PARA UNA REFLEXIÓN

THEORETICAL REVIEW REGARDING PROSOCIAL BEHAVIORS; ANALYSIS FOR REFLECTION

Recibido: 10 de febrero de 2010/Aceptado: 24 de septiembre de 2010

JUAN CARLOS MARÍN ESCOBAR*

Universidad Simón Bolívar, Barranquilla – Colombia

Key words:

Prosocial behavior, Altruism, Helping behaviors, Prosocial education.

Abstract

Prosocial behaviors are a compulsory theme in social psychology. In recent years there has been some proliferation with respect to this issue, having developed research works as evidence, as well as field experiences which are increasingly growing in number. The reason for this concern is associated with the hope that is the study of prosocial behaviors to educate and socialize supportive and cooperative behaviors that replace competitive and aggressive standpoints so common in human beings.

This article which constitutes a theoretical review is intended to reflect on the dynamics present in prosocial behavior. In this regard, apart from introducing a definition of prosocial behaviors, there are some models that attempt to explain this type of behaviors from social psychology. Finally, the possible relationships between prosocial behaviours and concepts such as personality, motivation, mood and perception, are identified.

Palabras clave:

Conductas prosociales, Altruismo, Conductas de ayuda, Educación prosocial

Resumen

Las conductas prosociales son un tema obligado dentro de la Psicología Social. En los últimos años se ha dado cierta proliferación respecto al abordaje de este tema, evidenciado por los trabajos investigativos desarrollados y por las experiencias de campo que cada vez crecen en número. La razón por esta preocupación está asociada a la esperanza que constituye el estudio de la prosocialidad para educar y socializar conductas solidarias y cooperativas que reemplacen las miradas competitivas y de naturaleza agresiva tan habituales en los seres humanos.

Este artículo que constituye una revisión teórica tiene la intención de reflexionar en torno a la dinámica presente en las conductas prosociales. En este sentido además de presentar una definición de la prosocialidad se muestran algunos modelos que intentan explicar este tipo de conductas desde la Psicología Social. Finalmente se señalan las relaciones que puede haber entre este constructo y conceptos como la personalidad, la motivación, el estado de ánimo y la percepción.

* Coordinador de Investigaciones del Programa de Psicología de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla, Colombia. Email: jcmarin@unisimonbolivar.edu.co

La Psicología Social constituye un elemento básico para la comprensión y análisis de los elementos que configuran la ciencia psicológica. Si se entiende a la Psicología como la ciencia que estudia el psiquismo y, en este, fenómenos como la percepción, el aprendizaje, la motivación, el pensamiento y todos los demás procesos mentales superiores, se tendría que decir que lo social se estructura como un pilar fundamental en la aparición, organización y funcionamiento de tales procesos psíquicos.

La Psicología Social se ha definido como la rama de la Psicología que tiene por objeto el estudio de los grupos en la aparición del psiquismo y de las funciones que este desarrolla. Ahora bien, algunos han considerado que esta definición de Psicología encaja en una perspectiva de la Psicología Social individual. Para Worchel, Cooper, Goethals y Olson (2002), por ejemplo, más que un grupo u otra unidad, es el individuo quien constituye un elemento central de la Psicología Social y en él es quien se debe concentrar esta disciplina.

Es claro, sin embargo, que la Psicología Social no solamente se preocupa por la influencia de los grupos en el psiquismo individual de las personas. Desde otro ámbito, ella igualmente estudia el análisis de los comportamientos que se suceden en la interacción entre personas. La atracción interpersonal, las normas, la agresión, solo por mencionar algunos temas harían parte del análisis desde esta perspectiva.

A estas dos perspectivas se pudiera incluso añadir una tercera, que se situaría en el estudio de los grupos y de las dinámicas que se dan en ellos: el liderazgo, las

normas de grupos, la comunicación, la cohesión grupal, entre otros, son algunos de los temas que enmarcan esta preocupación.

Por otro lado, en la literatura clásica, se menciona la existencia de dos tendencias al respecto. La llamada Psicología Social Psicológica y la Psicología Social Sociológica. La primera tendencia mencionada se asocia con el estudio de la dimensión individual de la Psicología social. En cierta forma, similar a lo que ya se ha expresado, esta psicología investigaría la explicación y comprensión de la manera cómo el psiquismo humano es el resultado de la relación con grupos: familia, escuela, comunidad, amigos.

En cambio, la segunda tendencia, definida por autores como Mune (1967), está asociada a la forma cómo el saber psicológico puede ayudar a la explicación y comprensión de problemas y fenómenos sociales.

En realidad, sin adentrarse en discusiones epistemológicas y conceptuales de estas dos tendencias de la Psicología Social, hay infinidad de constructos y temas que han venido preocupando al psicólogo social y de hecho han marcado el quehacer de la Psicología Social. Entre algunos de estos, se tienen: La percepción social, el lenguaje y el pensamiento social, la socialización, el sí mismo social, las actitudes, el liderazgo, las normas, la atracción interpersonal, los grupos y los procesos de dinámicas de grupo, las representaciones sociales, las ideologías y muchos otros temas.

Pues bien, uno de los elementos que hace parte del estudio y comprensión de la Psicología Social y que

típicamente se encuentra inmerso en los libros y manuales es lo que se refiere a las conductas de ayuda, también llamadas conductas prosociales o, simplemente, conductas altruistas.

Si se efectuara un estudio detallado, tanto de los textos clásicos como de los más recientes, se podría registrar que en todos ellos existe por lo menos un capítulo dedicado al estudio del tema de las conductas prosociales.

A guisa de ejemplo, en textos como el *Manual de Psicología Social* de J.W. Vander Zanden (1990) y *Psicología Social* de Stephen Worchel y colaboradores (2002), se trata de una particular manera el tema de la prosocialidad. En el primer texto, el capítulo sobre la conducta prosocial se denomina “Altruismo y conducta asistencial” y trata los siguientes aspectos:

- Conducta prosocial y motivaciones altruistas.
- Efectos de las características de la personalidad.
- Efectos de los estados de ánimo.
- Conducta prosocial en situaciones ambiguas.
- Conducta prosocial en situaciones no ambiguas.
- La equidad, la igualdad y las ideas acerca de un mundo justo.
- La hipótesis del mundo justo.
- Teoría de la equidad.
- La norma de la reciprocidad.
- Interés propio, igualdad y necesidad.

Por su parte, en el texto ya citado de Worchel *et al.* (2002), el capítulo se titula “Altruismo, la psicología de la ayuda a los demás”. En él se tratan los siguientes temas:

- ¿Por qué no ayudamos? El testigo indiferente.
- Intervención del testigo y árbol de decisiones.
- Interpretación de la situación: ¿Necesidad de ayuda o disputa familiar?
- ¿Por qué no intervienen los testigos?
- Difusión de la responsabilidad.
- Un análisis de los costos.
- ¿Cuándo ayudamos? Situaciones que incitan a ayudar:
 - Cuando nos recompensan por nuestra ayuda.
 - Cuando estamos de buen humor.
 - Cuando alguien más nos ayuda.
 - Cuando el tiempo lo permite.

Al hacer una atribución de altruismo.

Cuando las normas dictan ayudar.

- ¿A quién ayudamos?:
 - Las personas que nos agradan.
 - Semejanza: grupo racial e ideología.
 - Otros que lo merecen.
- ¿Qué nos impulsa a ayudar?
 - Altruismo o egoísmo.
 - Hipótesis revisada del egoísmo.
 - La personalidad asistencial: ¿Son algunos más proclives a ayudar que otros?
 - El voluntariado altruista: combinación de personalidad y motivación.
- De vuelta a la conducta asistencial: ¿La personalidad o la situación?
- Reacciones de los receptores: ¿Se quiere siempre a los que ayudan?
- Teoría de la equidad: ¿Es lo mismo dar que recibir?
- Teorías del intercambio social: ayudar es poder.
- Teoría de la amenaza al receptor: reacciones a la ayuda.

- Reacciones del receptor.

En ambas publicaciones se puede apreciar que la conducta prosocial abarca diferentes aspectos, pero lo que más destaca es el interés por explicar el porqué de las conductas prosociales y acaso formular alguna teoría más o menos sólida que ayude a entenderla.

En términos generales, se puede decir que en los últimos años se ha generado un interés hacia este tema. Autores como Molero, Candela y Cortés (1999) sostienen que la razón para que se haya generado cierta ola de acción teórica y práctica hacia las conductas prosociales descansa en fenómenos como el aumento desmesurado de la agresión entre las personas, conductas de indiferencia hacia el prójimo, la naturaleza y la cultura, además de los tratos discriminatorios hacia mujeres, niños con discapacidades, ancianos, homosexuales, entre otros.

En específico, González Portal (1995) expresa que la conducta prosocial no solamente ha sido tema de trabajo en libros, sino que también ha dado lugar a investigaciones y tesis doctorales. De acuerdo con la argumentación de Molero, Candela y Cortés (1999), esto se debe a dos razones primordiales: En primer lugar, al surgimiento y la evolución histórica del propio constructo prosocial y, en segundo lugar, a las circunstancias sociales, que inducen a los profesionales, no solo de la Psicología sino de los diversos campos, a dar soluciones y a proponer programas específicos de prevención y/o intervención hacia las conductas agresivas.

A partir del interés creciente por las temáticas asociadas a las conductas prosociales, González Portal

efectúa un trabajo que pretende mostrar los más importantes estudios y aportes sobre el tema. Este autor presenta un resumen de los principales trabajos efectuados alrededor del tema de la prosocialidad en los periodos comprendidos entre 1989 y 1997, periodos en los que se destacan los trabajos de autores como Darley y Latané (1968-1970), Eisenberg y Fabes (1989), Batson (1989), Batson y Shaw (1991), Miller (1996), Weiner (1996) e Ickes (1996), entre otros. (González Portal, 1995).

Darley y Latané (1970) iniciaron sus estudios con una indagación sobre la *intervención en emergencias* y aportaron el concepto de *efecto del espectador*, correspondiendo este a un análisis planteado desde la Teoría del Árbol de Decisiones, en donde se presenta de una manera ambigua la decisión de ayudar o no en caso de emergencia.

Siguiendo la línea de investigaciones realizadas en este lapso de tiempo, Carlo, Eisenberg, Troyer, Switzer y Speer (1991) sugirieron una hipótesis sobre cuándo era más probable que las disposiciones hacia la conducta prosocial se manifestasen. Estos autores concluyeron que las personas son más propensas a ayudar cuando hay menos exigencias o cuando las condiciones de ayuda se dan de manera natural o espontánea. Por el contrario, la gente ayudará menos cuando existe mucha exigencia o en un ambiente controlado experimentalmente.

Dicho de otra forma, si a una persona o grupo de personas se les somete a un estudio experimental muy controlado para conocer cómo se comportarían en cuanto a si brindarían ayuda o no en una situación determinada y se les exige ayuda de manera más o menos

clara, es factible que no lo haga. Esto porque tal vez se sienten evaluadas o en una experiencia artificial. Por el contrario, si la situación es más natural, probablemente ayudarán.

Pero, en concreto, ¿cómo se pueden definir las conductas prosociales?

Para Roche (1991) son prosociales aquellos comportamientos que, sin buscar una recompensa externa, favorecen a otras personas o grupos sociales, según el criterio de estos, y aumentan la probabilidad de generar una reciprocidad positiva de calidad y solidaridad en las relaciones interpersonales o sociales consiguientes, preservando así la identidad, creatividad e iniciativa de los individuos o grupos implicados.

Garaigordobil (2000), por su parte, define la conducta prosocial como: “Una conducta positiva que se realiza para beneficiar a otro”. Mientras Vander Zanden (1990) aduce que se trata de actos realizados en beneficio de otras personas; maneras de responder a estas con simpatía, condolencia, cooperación, ayuda, rescate, confortamiento y entrega o generosidad.

El citado González Portal (1995) entiende por ello toda conducta social positiva con o sin motivación altruista. Positiva significa que no daña, que no es agresiva. A su vez, se entiende por motivación altruista el deseo de favorecer al otro con independencia del propio beneficio. Por el contrario, la motivación no altruista es aquella que espera o desea un beneficio propio por encima del ajeno. Como se ve, en este caso, la definición incluye un aspecto conductual que alude a comporta-

mientos y otro motivacional.

Usualmente, en la literatura dedicada a este tema, se pueden identificar otras categorías que han establecido como sinónimos de lo prosocial: cooperación, altruismo, ayuda, conductas solidarias, entre otras. Sin embargo, los autores identifican tales conceptos como tipos o clases de conductas prosociales.

En este sentido, para el mismo Garaigordobil (2000), la conducta de cooperación es un intercambio social que ocurre cuando dos o más personas coordinan sus acciones para obtener un beneficio común. Es decir, un intercambio en el que los individuos ayudan entre sí para contribuir a un fin común.

En tanto que Agustín Moñivas (1996) define la conducta altruista como la conducta o las acciones prosociales costosas, llevadas a cabo voluntariamente y cuya motivación primaria es beneficiar a otros.

De otra parte, Fuentes, López, Etxebarria, Ledesma, Ortiz y Apocada (1993) presentan una distinción entre conductas prosociales y conductas altruistas. Aunque reconocen que esta distinción no es una tarea fácil, precisan no obstante que las conductas prosociales se entienden simplemente como aquellas conductas que benefician a otros y se realizan de forma voluntaria y, en cambio, las conductas altruistas presentarían un componente motivacional. Generalmente se realiza con la intención de beneficiar a otras personas excluyendo la voluntad de obtener recompensas a corto o largo plazo.

De hecho, en el pasado, autores como Staub (1978), Eisenberg (1982) y Macaulay y Berkowitz (1970)

habían apuntado algunas ideas en torno a las diferencias entre las conductas prosociales y el altruismo, señalando fundamentalmente las mismas consideraciones.

Por su parte, Roche (1991) identifica diez categorías que abarcan las conductas prosociales: Ayuda física, servicio físico, dar y compartir, ayuda verbal, consuelo verbal, confirmación y valorización positiva del otro, escucha profunda, empatía, solidaridad, presencia positiva y unidad. Estas categorías se describen de la siguiente manera:

La ayuda física es una conducta no verbal que procura asistencia física a otras personas para cumplir un determinado objetivo y que cuenta con la aprobación de las mismas.

El servicio físico es una conducta que elimina o reduce la necesidad en los beneficiarios de efectuar una acción. En esta situación, el que ayuda interviene respecto a una acción como el cumplimiento de una tarea o cometido. Entonces, por supuesto, hay aprobación y satisfacción de las personas.

Dar y compartir significa dar objetos, ideas, experiencias vitales, alimentos o posesiones a otros.

La ayuda verbal es una explicación o instrucción que resulta útil y deseable para otras personas o grupos en la consecución de un objetivo.

El consuelo verbal comprende expresiones verbales para reducir la tristeza de personas apenadas o en apuros y aumentar de este modo su ánimo.

La confirmación y valorización positiva del otro concierne a expresiones verbales para confirmar el valor de los demás o aumentar la autoestima de los mismos, incluso ante terceros (interpretar positivamente conductas de otros, disculpar, interceder mediante palabras de simpatía, alabanza o elogio).

La escucha profunda se refiere a conductas meta-verbales y actitudes de atención, que expresan acogida pero activamente orientada a los contenidos expresados por el interlocutor en una conversación.

La empatía engloba conductas verbales que, partiendo de un vaciado voluntario de contenidos propios, expresan comprensión cognitiva de los pensamientos del interlocutor o emoción por experimentar sentimientos similares a los de este.

La solidaridad supone conductas físicas o verbales que expresan aceptación voluntaria de compartir las consecuencias, especialmente penosas, de la condición, estatus, situación o fortuna desgraciadas de otras personas, grupos o países.

La presencia positiva y unidad define una presencia personal que expresa actitudes de proximidad psicológica, atención, escucha profunda, empatía, disponibilidad para el servicio, la ayuda y la solidaridad para con otras personas, y que contribuye al clima psicológico de bienestar, paz, concordia, reciprocidad y unidad en un grupo o reunión de dos o más personas.

En todo caso, registrando el término como al-

truismo, cooperación, ayuda, solidaridad o cualquier otro concepto referenciado en este escrito, se entienden por conductas prosociales todas aquellas acciones del ser humano en las cuales se observa una conducta de ayuda hacia otros sin que medie ningún interés ni se espere recompensa. Es claro, también, que en la conducta prosocial hay una motivación importante para brindar apoyo a una persona o grupo y que la ayuda puede ser producto de una deliberación racional o de un acto impulsivo.

Así, la conducta prosocial resulta siendo un constructo que designa una conducta compleja, pues, en realidad, existen varios sistemas y capacidades individuales implicadas en ella. Al respecto, se pueden destacar elementos cognitivos y afectivos que se influyen mutuamente para que ocurra una conducta de ayuda. Asimismo, hay una multiplicidad de variables como la experiencia; expectativas; recompensas; factores disposicionales; estados de ánimo e influencia de procesos cognitivos como la atención, percepción, memoria, juicio, pensamiento y resolución de problemas que influyen en las conductas prosociales. Estos elementos se tocarán a continuación.

Por qué ocurre la conducta prosocial

Desde la Psicología Social y desde otras ciencias humanas se han formulado varias hipótesis explicativas o por lo menos interesadas en dar respuesta a la existencia de conductas prosociales.

Darley y Latané (1970) sostienen que procurar ayuda a alguien, bien sea de manera directa o indirecta, no es un hecho instantáneo. Cuando una persona es tes-

tigo de una situación de emergencia, mostrarse altruista conlleva una serie de decisiones. Entre estas aparecen: Percatarse o darse cuenta de una situación, interpretar que de hecho lo que ocurre es una emergencia, asumir la responsabilidad de ayudar, saber la forma correcta en que se puede ayudar, tener disposición para actuar y, finalmente, intervenir en la emergencia.

Además del apartado ya referenciado, en el que se menciona la Teoría del Árbol de Decisiones de Latané, otro elemento importante es la motivación. Ball (1977) y Vander Zanden (1990) afirman que la conducta prosocial de por sí parte de una motivación, bien sea externa o interna. El elemento crucial y complejo estriba en cómo se puede percibir lo que motiva a una persona a actuar de determinada manera, ya que generalmente lo que se percibe es el acto, en este caso la ayuda. La motivación resulta por ello un constructo difícil de estudiar, tendiéndose a generar simples conjeturas. Alguien diría que, observando la conducta de las personas y el entorno en el cual se desenvuelven, se pueden inferir los estados interiores. Pero aún así, solo la persona que actúa de determinada forma es la única indicada, si así lo desea, de expresar la motivación que lo impulsó a actuar.

Ahondando un poco más en el tema de la motivación, que se puede entender como lo que lleva a una determinada acción o conducta, la acción altruista puede deberse a una gran tensión interna del sujeto que ayuda. Hay situaciones extremas que en ocasiones llevan a personas a renunciar a sus propios instintos de supervivencia por alguien que lo necesite. Para que ello ocurra, el sujeto ha de experimentar cierto grado de tensión asociado a una exaltación, exaltación que “se percibe

como una tensión desagradable, sintiéndose obligada la persona a reducirla. En muchos casos, el testigo elegirá la respuesta más rápida y que reduzca por completo la tensión” (Worchel *et al.*, 2002).

En este punto, es preciso señalar que el grado de exaltación, y por lo tanto la generación de la tensión, depende en gran manera del nivel de implicación tanto afectiva como física de quien va a prestar su ayuda.

De acuerdo con lo explicado, en algunos casos no se actúa debido al enorme grado de costos que le generaría a una persona el actuar en determinada situación. De modo que la persona haría una reinterpretación de la situación que lo expie de la culpa por no poner en peligro su propia integridad.

Alan Omoto y Mark Snyder (1993) han agregado la noción de *voluntariado funcional*. En su opinión, la conducta voluntaria satisface motivaciones diferentes para personas distintas en diversos momentos. Por ejemplo, algunos voluntarios que trabajan en una clínica para enfermos de SIDA están motivados a ofrecer su asistencia porque tienen curiosidad sobre estos pacientes, otros estarán motivados porque se sienten mejor con ellos mismos, otros más se sentirán obligados con la comunidad homosexual, etc. La conducta voluntaria, entonces, tiene la función de satisfacer una motivación específica. En la postura funcionalista, una disposición de personalidad general de ayudar no es tan importante como la motivación concreta de la persona que obtiene una satisfacción de su conducta voluntaria. Los autores antes citados entrevistaron a más de 600 voluntarios que trabajaban con pacientes de SIDA y encontraron que las

mediciones de motivación específicas predijeron mejor cuánto tiempo dedican a un cometido de voluntariado.

Teoría de los refuerzos y comportamientos prosociales

Los comportamientos generan cierto tipo de respuesta a quien es testigo de estos. De esta manera, la evaluación, en términos de aprobación o desaprobación que se le dé a una persona por una acción realizada influenciará en la posible reaparición o no de una conducta similar. Lo anterior tiene relación con el concepto de reforzamiento o de elemento reforzador manejado por Skinner (1973), quien plantea que: “Cuando a un elemento concreto de conducta le sigue determinada consecuencia, es más probable que ocurra de nuevo, y una consecuencia que tiene el efecto de renovar esa conducta de que hablamos, se denomina reforzador. Esta idea se refiere a que las conductas más frecuentes en nuestro medio; bien sean “buenas” o “malas”, son de algún u otro tipo reforzadas. Al momento en que estas conductas se incrementen son más comunes y al verse reforzadas son difíciles de extinguir” (p. 140).

De esta manera se explicaría la razón por la cual una persona actúa prosocialmente. Cuando tras la aparición de una actitud prosocial, el medio le procura reforzamiento a un individuo, es más probable que este siga actuando solidariamente. Mas si la conducta no es reforzada corre el riesgo de desaparecer y lleva a comportamientos indiferentes, así se den circunstancias favorables al respecto.

No es necesario, sin embargo, que los reforzadores

o castigos verbales estén presentes para que ocurra una conducta prosocial, tales como frases de aprobación, elogios o desaprobación, pero sin duda estos elementos pueden marcar la diferencia para que se incremente o decrezca una conducta de ayuda. Siempre el lenguaje será un buen reforzador.

De todos modos es posible que alguien actúe en forma prosocial sin que necesariamente una persona le diga directamente si lo que hizo estuvo “bien” o “mal”, o que actúe esperando el reforzador de una persona en especial. Respecto a esto, el mismo Skinner (1973) señala: “Se alaba a quienes se comportan bien sin que se les vigile, más que a aquellos a los que hay que controlar. Es sencillo, es más admirable alguien que no necesite tener a un policía al lado para no robar, que a otro que está pendiente del control que pueda ser ejercido sobre él” (p. 66).

Por otra parte, es importante tener en cuenta la relevancia de los reforzadores sociales. En este sentido, un grupo numeroso de personas que esté presente al momento en que se necesita una ayuda, puede actuar como precipitante para la conducta prosocial. La presión del grupo actúa como estímulo discriminativo para suministrar el apoyo requerido.

La percepción y la prosocialidad

Otro elemento que puede destacarse para comprender las conductas prosociales es la percepción humana. Esta se entiende como aquel proceso psíquico mediante el cual los sujetos captan información del medio, comparan esta información con elementos ya asimilados

del pasado, efectúan una interpretación y generalmente dan una respuesta.

Alrededor de este proceso psíquico, la Psicología ha generado grandes desarrollos. Es más, en algunos contextos que tratan acerca de la historia de la Psicología, se menciona a la percepción como un elemento decisivo para su consolidación como ciencia. Forgas define este fenómeno como el proceso por medio del cual un organismo recibe o extrae alguna información del medio que lo rodea (1972, p. 15). La percepción es, entonces, el proceso de extracción de información, ya que el individuo adquiere conocimiento a través de su medio, extrayendo información del vasto conjunto de energías físicas que estimulan los sentidos del organismo.

Desde un enfoque neurológico, Clifford (1999) concibe la percepción como el ingreso a la conciencia de una impresión sensorial en la que participan diferentes estructuras y funciones nerviosas que de una forma compleja posibilitan la llegada de dicha impresión sensorial al cerebro.

En cambio, desde un punto de vista psicológico la percepción es una función del yo.

Para Martínez Yaiza (2006), la percepción es flexible porque responde a las influencias que proceden de los estados de percepción cognitiva y psicológica o también del entorno. Gran parte de nuestras percepciones nos llegan a través de órganos sensitivos y sistemas preceptuales que trabajan automáticamente para formar una representación de un estímulo percibida pasivamente por quien la experimenta. Así, el sistema de la percep-

ción reúne las pequeñas y finas partes de la información que recopilan los sentidos para crear una imagen coherente. Sin embargo, el hecho no es tan sencillo como parece porque, aun cuando la percepción es imprescindible, es demasiado fácil que resulte engañosa.

Por otro lado, así como se perciben situaciones simples, como la percepción de un ruido, un olor, una textura, etc., también el ser humano suele verse abocado a interpretar complejos fenómenos sociales. Es así como llegamos a construir esquemas cognitivos de las personas y de los grupos sociales que condicionan la manera cómo nos comportamos e interactuamos con ellos.

Este último tipo de percepción, denominado percepción social, se puede analizar con fines didácticos desde al menos cuatro variables: Variables referidas a la persona que percibe, variables referidas al suceso percibido, variables referidas a la relación entre objeto percibido y sujeto que percibe y variables que informan sobre el contexto donde se da la percepción.

Mc David y Harari (1979) en su libro clásico, *Psicología y conducta social*, han estudiado estas cuatro variables presentes en la percepción social, que caontinuación se describen:

Características del perceptor

Por lo general, las percepciones están condicionadas por un aprendizaje previo de las diversas situaciones a las que está expuesto un ser humano en su relación con los demás. Esto le permite tener un contacto con

otros y la acumulación de nuevos conocimientos sobre su propia capacidad de entablar relaciones humanas. Sin embargo, es difícil decir con exactitud cómo es la persona a la cual se observa, debido a que a esta se le pueden atribuir características totalmente equivocadas y, a la postre, esto hace que la percepción se haga de manera sesgada y con poco grado de objetividad (Harari, 1979).

Características de la persona percibida

Se pueden encontrar variables que afectan o condicionan la percepción por las características de la persona percibida. Hay, en efecto, personas de naturaleza transparente que hacen fácil su percepción y, por el contrario, otras, cerradas y quizás parcas, que la limitan en extremo, por lo que resulta difícil emitir juicios y conceptos respecto a estos sujetos.

Relaciones entre el perceptor y la persona percibida

Variables como la cercanía física y el grado de relación social que se tenga con alguien en un grupo influyen en su juzgamiento. Por eso el tipo de relación existente entre observado y observador condiciona cuando no determinan la percepción. De hecho, si entre dos personas se ha consolidado una estrecha amistad, es fácil que una juzgue a la otra de manera favorable. Si por el contrario, hay una relación de distanciamiento o enemistad es casi seguro que la valoración resulte negativa. De modo que cuando se juzga a alguien cercano, en realidad se terminan validando los propios valores, hábitos y actitudes.

Contexto situacional en la percepción de la persona

Además de las variables relacionales existentes entre dos personas participantes en una interacción social que como ya quedó establecido afectan el fenómeno perceptivo, hay igualmente múltiples variables del contexto que modifican la interpretación de la percepción.

De acuerdo con ello, ningún tipo de percepción social ocurre en el vacío. Por el contrario, lo que en un momento dado sucede en el contexto afecta positiva o negativamente el complejo fenómeno de la percepción. No es lo mismo percibir las manifestaciones extrovertidas de un personaje típico si es invierno o verano; como tampoco es igual juzgar cualquier situación si se ha discutido con el jefe o nos han aumentado el sueldo.

De esta forma, analizando la conducta prosocial desde el enfoque de la percepción social, propuesta por autores como los citados Harari y Mc David, es necesario entonces analizar situaciones asociadas al menos a las categorías ya descritas: Variables de la persona que percibe, del sujeto percibido, del contexto y de la relación entre persona que percibe y persona percibida. Respecto a las conductas prosociales, entonces, las percepciones sociales igualmente tienen su cuota de aporte en su explicación. En este sentido, se actúa de acuerdo con la interpretación que se tenga de un hecho. El hecho social se configura a partir de las experiencias, reforzamientos y condicionantes del ambiente.

De acuerdo con esto, son muchos los aspectos de los cuales depende la percepción social y a su vez los determinantes para que una persona actúe de cierta ma-

nera. Si consideramos a la percepción como un todo, sus partes serían los procesos cognitivos, la adaptación, los estados afectivos, la historia personal. De tal suerte que la percepción social, que viene de estados internos de la persona, se encuentra con una situación concreta donde se demanda o se espera ayuda y es entonces cuando se decide, después de una evaluación, si se actúa o no para ayudar (Myers, 2000).

Variables asociadas a la personalidad

Uno de los constructos teóricos más importantes en la Psicología es el de la personalidad. Por personalidad se puede entender la estructura más o menos estable que caracteriza a los individuos y de ella hacen parte elementos afectivos, volitivos, motivacionales y cognitivos. La personalidad también recibe la influencia de aspectos biológicos, sociales, culturales e históricos.

Graciela Celener (1996) la concibe como la “Forma de ser de una persona debida a la peculiar configuración de sus rasgos psicológicos, siendo una estructura dinámica modelada por condiciones fisiológicas y psico-socio-culturales. Este constructo se manifestaría en la conducta, la que expresa la relación entre demandas internas y situacionales, constituyendo un intento por adaptarse a condiciones internas y externas”. Para esta autora, la personalidad también tendría un aspecto latente, que puede inferirse por los tests proyectivos a partir de lo manifiesto, lo cual es muy importante pues los motivos latentes determinan gran parte de la conducta.

La discusión que interesa, para los efectos de este

estudio, gira en torno a la posible relación existente entre ciertas características de personalidad y la aparición de conductas de ayuda. Alrededor de esto se han generado diversos aportes y discusiones. Hay quienes plantean que las personas egocéntricas, aventureras e interesadas por vivir experiencias intensas y de naturaleza extrovertida son más dadas a ayudar a quien lo necesite.

Uno de los teóricos que se interesó por encontrar la posible relación existente entre conducta prosocial y personalidad fue Perry London (1970, citado por Vander Zanden, 1990), quien entrevistó a personas que habían rescatado judíos en la Alemania nazi. Después de varios estudios, pudo comprobar que estas personas tenían algunos rasgos comunes: Un espíritu de aventura, el sentirse marginados respecto a la sociedad en que vivían y una estrecha identificación con un progenitor de firmes convicciones morales. De hecho, muchos de ellos eran moralistas.

Pero, además de estas variables de personalidad, London encontró que las personas que ayudaron sentían cierto grado de empatía con los judíos. Es decir, que a pesar que se encontró que esas personas que ayudaron tenían cierto tipo de espíritu de aventura, también se sentían identificados con las personas a quienes ayudaban.

Lo que parece quedar claro, al analizar la influencia de la personalidad en las conductas de ayuda, es que no se ha podido establecer un estimativo cierto de que existan rasgos que permitan predecir la ocurrencia de un comportamiento de ayuda en quien los tenga. Para ello es preciso conocer otras dimensiones, como el contexto,

la relación entre las personas y otros aspectos que se han tocado en este artículo.

En este sentido, Wilson (1976, citado por Vander Zanden, 1990) afirma: “Sería importante que los estudiosos averiguaran de qué manera interactúan los factores de la personalidad con la situación para provocar las respuestas asistenciales” (p. 343).

Respondiendo a estas sugerencias y con la intención de ubicar algunas variables de la personalidad asociadas a las conductas de ayuda desde una óptica *ex post facto*, un grupo de investigadores, en este caso Samuel y Pearl Oliner (1988, referenciado por Worchel, Cooper, Goethals & Olson, 2002), realizando un estudio con los sobrevivientes del holocausto nazi, entrevistaron a 231 europeos que rescataron judíos y miembros de otros grupos, y compararon sus características con una muestra de 126 individuos que no intentaron rescatar a nadie durante la guerra. Estos dos grupos de estudio fueron conformados de manera equivalente en cuanto a edad, género, educación y región geográfica antes del análisis de los resultados de las entrevistas.

Ambos grupos se distinguieron en varias características de personalidad. En concreto, los que rescataron víctimas del holocausto refirieron sentimientos intensos de responsabilidad por el bienestar de los demás y una necesidad agobiante de actuar para ayudarlos. Además, sentían el dolor y el sufrimiento de las víctimas, lo que revelaría que los sentimientos de empatía emocional fueron un motivo en su decisión de ayudar. Pero mientras que los salvadores y los que no ayudaron pusieron en práctica por igual sus sentimientos de empatía y respon-

sabilidad con los miembros de su propio grupo (otros cristianos), los primeros abrigaron tales sentimientos por personas que consideraban diferentes. Esto es denominado por Oliner *extensividad* (la capacidad de sentir empatía y responsabilidad por los miembros de grupos que no son los propios).

En estas investigaciones también se determinó que otro factor de distinción fue el relativo a su socialización y educación infantil. Los primeros crecieron con padres que no empleaban el castigo físico para controlar la conducta de sus hijos, por el contrario utilizaban el diálogo y razonamiento (les explicaban lo que habían hecho mal y les aclaraban qué conductas esperaban de ellos). Además, dichos padres funcionaron como modelos de conducta moral. Todos estos aspectos de la educación infantil fomentaron una tendencia orientada a los demás que facilitó su decisión de ayudar cuando otras personas buscaron un refugio de la vorágine nazi (Worchel, Cooper, Goethals & Olson, 2002).

Muchos de los interesados en el estudio de las conductas prosociales han enfocado su interés en los comportamientos que presentan las personas desde épocas tempranas. Esto ha llevado a examinar algunos factores predictores de conductas altruistas establecidos en las relaciones cotidianas que presentan los niños y niñas con sus coetáneos. En una investigación que realizaron Apocada, Etxebarria, Fuentes, López y Ortiz (1998) se analizaron variables afectivas y cognitivas relacionadas con la prosocialidad. Para ello se utilizaron métodos como la evaluación del maestro a través de cuestionarios y observaciones sistemáticas en situaciones de juego espontáneo. Algunos de los más interesantes resultados

fueron los siguientes: Existe mayor frecuencia de conductas prosociales en las niñas e incluso los niños tienen la percepción que efectivamente estas son más prosociales. Por otra parte, la calidad del vínculo con la madre es predictora de conductas prosociales así como la capacidad de generar empatía con los otros. Los niños y niñas que muestran mayor apego tienden a ser más prosociales. Finalmente, como otros estudios han demostrado, en este se encontró que la socialización a través de procesos de modelamiento, identidad y técnicas disciplinares predisponen a la sensibilidad empática que a su vez predispone a conductas prosociales.

Otra investigación que se puede referenciar fue la realizada por Omar y Delgado (2005). En este caso, los investigadores querían conocer qué dimensiones de la personalidad podrían ser predictores de comportamientos de ciudadanía organizacional, considerada una modalidad de conducta prosocial. El estudio fue llevado a cabo con 335 empleados argentinos a los cuales se les aplicó un conjunto de cuestionarios que incluían dimensiones demográficas, el test de personalidad de Eysenck y una escala de medición de ayudas desarrollada por Van Dyne y colaboradores. Después de los respectivos análisis factoriales, se concluyó que la dimensión extroversión es la mejor predictora de comportamientos de buen ciudadano.

Estados de ánimo y conducta prosocial

No resulta extraño suponer la relación que debe existir entre el estado de ánimo de una persona y la probabilidad de que esta brinde ayuda a quien lo requiera. Con mucha certeza se puede afirmar que un sujeto

que en un momento determinado se encuentre agobiado, perturbado o frustrado por cualquier hecho, muy seguramente carecerá de la disposición para auxiliar a alguien que lo necesite. Por lo menos esto es lo que se supone desde la especulación.

Respecto a la conducta prosocial y el estado de ánimo se menciona que bajo la influencia del afecto positivo, las personas tienen significativamente más probabilidades de ser sociables, cooperativas y ayudar a los demás (Isen, 1987, citado por Cortese, 2006).

Quizás se puede decir que un antecedente positivo en relación con el estado anímico de una persona puede operar como un refuerzo para querer ayudar al otro en el evento que lo necesite. Además, el propio hecho de sentirse útil y, en cierta forma “héroe”, se constituiría en un nuevo reforzamiento.

Con todo, hay autores que afirman muy al contrario, es decir, que un mal estado anímico puede ser el desencadenante de una conducta de ayuda. En cierta forma, después de un episodio de enfado, por ejemplo en el trabajo, o con la familia, que haya provocado un estado de ánimo considerablemente negativo, la persona puede evaluar que no tiene nada que perder para ayudarle si es el caso a una mujer que está siendo asaltada por un delincuente. Es más, esta posibilidad de ayuda puede ser vista por la persona enfadada como un mecanismo para sentirse mejor.

Bajo esta óptica, lo que se pretende insinuar es que no necesariamente quien está de buen humor, ayuda y quien está enfadado se muestra indiferente. En mu-

chos casos, ciertamente ocurre que quien se encuentra de buen humor no quiere perder este estado comprometiéndose en situaciones angustiosas asociadas a otra persona en dificultades (Isen & Simmonds, 1978).

Conductas prosociales y elementos sociobiológicos

En un artículo publicado por Catarina Casanova, Luis Vicente y Antonio Vieira (2000) se propone cierto continuo entre las conductas de los seres humanos y las conductas manifestadas por animales inferiores. Estos autores anotan que el humano comparte con los otros animales una filogenia, de la cual no se puede excluir los patrones de comportamiento. Desde esta perspectiva, los orígenes del comportamiento humano pueden ser mejor comprendidos a través del estudio del comportamiento de los otros animales y en particular de sus parientes más próximos, los chimpancés.

Bajo esta perspectiva, las conductas altruistas y prosociales no serían exclusivamente humanas, y se pueden encontrar explicaciones para manifestaciones altruistas en elementos asociados a las altas categorías evolutivas de los primates. Quizás esto explicaría de cierta manera también conductas políticas y de organización de grupos y hasta conductas agresivas y antipolíticas, o que van en contra de los intereses grupales.

De Waal (1996, citado por Casanova, Vicente & Vieira, 2000) menciona al respecto: “Los animales, en particular aquellos cercanos a nosotros, exhiben un enorme espectro de emociones y diferentes tipos de relaciones. Es justo revelar este hecho en un conjunto múlti-

ple de términos. Si los animales pueden tener enemigos, también pueden tener amigos; si pueden engañar, también pueden ser honestos; y si pueden ser rencorosos, también pueden ser bondadosos y altruistas. Muchas veces las distinciones semánticas entre el comportamiento animal y el humano esconden semejanzas fundamentales” (p. 104).

Las conductas, es cierto, deben observarse en todos los aspectos en que estas se manifiesten y, sin importar si son “buenas” o “malas”, deben observarse en el gran espectro de lo humano, pero también en otras especies.

Reafirmando sus conceptos respecto a la importancia de entender la conducta del ser humano a través de los comportamientos animales, De Waal (1989, citado por Casanova, Vicente, Vieira, 2000) plantea: “Los chimpancés utilizan una interacción social que se parece mucho a la nuestra; tal es el caso de la reciprocidad la cual existe siempre en una relación de poder; de la inteligencia estratégica y de la capacidad para comprender situaciones triádicas” (p. 104).

Debido a que compartimos más del 80% de material genético con este tipo de primates, no es de extrañar entonces que haya conductas similares entre los humanos y los chimpancés, y más aun con un tema de vital importancia como son las relaciones interpersonales que involucran categorías de conducta como el poder, la agresión, los intercambios afectivos, el altruismo y la solidaridad.

Formación en valores

Una dimensión importante de las conductas pro-sociales se refiere a cómo estas pueden ser reforzadas e inculcadas en el seno familiar o por acción de la escuela. En cierta forma, desde esta óptica, se podría estar haciendo referencia a la socialización.

Tradicionalmente la Psicología Social entiende la socialización como el medio utilizado por una determinada estructura social para inducir a sus miembros a compartir sus normas y reglas. Incluye elementos asociados a conductas alimenticias y religiosas, normas de interacción, roles, conductas sexuales, formas de recreación y descanso, entre muchas otras. En realidad, toda conducta humana es una derivación de procesos de socialización.

Particularmente, Vander Zanden (1990) define la socialización como: el “proceso por el cual los individuos, en su interacción con otros, desarrollan las maneras de pensar, sentir y actuar que son esenciales para su participación eficaz en la sociedad”.

Díaz Usandivaras (2000), por su parte, la entiende “como un fenómeno complejo a cargo de la familia primero y luego de las instituciones educativas, que resulta de un adecuado equilibrio de funciones normativas y nutritivas parentales [...]. Son nutritivas aquellas funciones primarias que tienden a la satisfacción inmediata de necesidades de los hijos: alimento, amor, abrigo, etc., que son, en general, gratificantes para ambos: padres e hijos, simbiotizantes, generadoras de apego e imprescindibles para la supervivencia al menos durante

el periodo de dependencia infantil. Se llaman normativas a aquellas funciones relacionadas con el ajuste a la realidad, con el aprendizaje e internalización de aquellas reglas que los hijos necesitarán conocer para manejarse exitosamente, no sin actitud crítica, en el mundo en el que les tocará vivir”.

Así como son objeto de enseñanza todas aquellas conductas ya referenciadas, igualmente las conductas prosociales pueden ser objeto de formación y una sociedad determinada puede caracterizarse por enseñar a sus miembros conductas altruistas, conductas de indiferencia o, en el peor de los casos, conductas agresivas, que serían el otro polo del continuo.

En este sentido, autores como Patterson, Debaryshe y Ramsey (1989) afirman que los niños y niñas mostrarán, antes de los seis años, si llegarán a ser o no agresivos, dependiendo de la manera como se haya dado el proceso educativo y de socialización.

Igualmente, se insinúa que las conductas y actitudes altruistas están asociadas o hacen parte del repertorio de un sistema axiológico, derivado este a su vez de un largo proceso formativo, que involucra la escuela, la familia y cualquier otro agente educativo que esté en contacto con el niño.

Con respecto a esto, Calvo Buezas (1994, citado en Yus, 1997) afirma: “Paralelamente a este incremento del rechazo al vecino y de espíritu competitivo, esta vecindad también va generando nuevos espacios de intercambio y de amistad, se van reforzando los postulados de los derechos humanos, alzándose voces y gestos que

apuntan a un cuestionamiento cada vez más intenso sobre el hecho de la desigualdad, cediendo el paso a otros valores más prosociales y solidarios con la humanidad y el planeta” (p. 112).

Por ello, Yus Ramos (1997) enmarca la importancia de la cooperación como una opción para reducir la desigualdad social, debido a las consecuencias sociales que han tenido las posturas individualistas en las sociedades occidentales y particularmente en América Latina, que es una de las regiones donde se ven los índices más altos de desigualdad social y de un creciente cultivo hacia los valores personales por encima de los colectivos, lo que impide la integración entre los miembros de una comunidad en específico.

Mirando otro aspecto, aunque todas las instituciones cumplen un papel educativo basado en expectativas sociales, hay unas cuyo papel educador tiende a ser más trascendente. Es el caso de la escuela, la cual debe formar ciudadanos útiles y serviciales a una comunidad y a la sociedad en general.

La responsabilidad que recae sobre la escuela como un ente de renovación social se podría basar en lo que expone Yus (1997): “Se necesita una escuela con otra forma de contemplar la cultura, más abierta y permeable a la realidad pluricultural de los países modernos, liberándola del monopolio del texto escrito, con una organización más abierta, unas relaciones más flexibles y democráticas, en la que se vivencien valores propios de una ética cívica o ética de mínimos que admita el pluralismo axiológico propio de sociedades pluralistas”.

Este modelo de escuela constituye entonces un gran reto. El mismo Yus aduce: “Luego, dado que la mejor manera de fomentar cualquier valor es vivenciarlo, la tarea principal de esta nueva escuela, en la dirección de la Educación para el Desarrollo, es lograr que la cooperación y la participación sean lugares comunes en el quehacer diario en la escuela y con un valor superior al que actualmente se concede socialmente”.

Lo que aquí se presenta es un llamado para reeducar al actual sistema educativo, que redunde en las nuevas generaciones mediante unas tendencias y prácticas educativas cooperativas en oposición a la enseñanza competitiva, insolidaria e individualista. Pero lo que se plantea no es que la enseñanza de la cooperación sea una asignatura más, sino que sea tomada como una alternativa de vida respecto a otros comportamientos.

Esta nueva noción educativa, que tiene como propósito generar ciudadanos más prosociales e interesados por el otro, supone diversos modelos y estrategias pedagógicas. No sería compatible con este modelo la separación entre buenos y malos estudiantes; la competencia entre los estudiantes por figurar en los primeros lugares de acuerdo con el registro académico ofrecido por el docente y mantenido por el sistema educativo; ni la manera de concebir la evaluación.

Ahora bien, la responsabilidad de la enseñanza no es exclusiva de la escuela, más bien es una responsabilidad compartida por todas las instituciones sociales. De ahí la importancia que tienen cada una de las personas de una comunidad al momento de re-evaluar

o crear nuevas normas de convivencia. De manera concreta, una de las instituciones con mayor compromiso en la formación y socialización de nuevos individuos es la familia.

Como célula del gran tejido social, la familia tiene el compromiso de responsabilizarse de una correcta educación primaria. Es así como, en el cambio de paradigma que se está proponiendo desde estas reflexiones, la estructura familiar, independiente del tipo y naturaleza, debe involucrarse en la socialización de miembros más tolerantes y llevaderos, menos conflictivos y que, en últimas, garanticen la perpetuación de la adecuada vida en sociedad.

La diada familia-educación, educación-familia exige la acción de la sociedad, de manera que la familia actúe sobre la educación y se beneficie de esta y viceversa. Respecto a esto, cabe mencionar el artículo “Raíces familiares de la educación. El papel de la familia y su relación con la escuela” (Mena, 2003). La educación, propone su autor, no es cosa de unos años. Ella dura toda la vida. Cuando estamos educando a nuestros hijos o alumnos, nos educamos también a nosotros. Se trata de educar, educándonos. Pero, aunque la educación dure toda la vida, echa sus raíces en los primeros años de vida y, de manera particular, en cada familia.

Desde el hogar primario y desde la educación que este estructura, se puede colegir la influencia que cada persona tendrá en el desarrollo de la futura sociedad. La educación de las personas en el presente de un determinado hogar influirá decididamente sobre el futuro.

REFERENCIAS

- Apocada, P., Etxabarría, I., Fuentes, M., Ledesma, A., López, F. & Ortiz, M. (1993). Empatía, *Roletaking* y concepto del ser humano, como factores asociados a la conducta prosocial/altruista. En: *Infancia y aprendizaje*, pp. 73-87.
- Ball, S. (1977). "Introduction". En: *Motivation in education*. Nueva York: Academic Press.
- Carlo, G., Eisenberg, N., Troyer, D., Switzer, G. & Speer, A.L. (1991). The altruistic personality: In what contexts is it apparent? *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, pp. 450-458.
- Casanova, C., Vicente, L. & Vieira, A. (2000). "Consideraciones en Torno a los orígenes de la política: Las comunidades de chimpancés (*Pan Troglodytes*) como modelo referencial", pp. 96, 104.
- Celener, G. (1996). Fundamentos teóricos para la inclusión de láminas en blanco (Ort-Tat), publicación interna de la Cátedra de Técnicas Psicodiagnósticas II de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- Clifford, M. (1999). *Enciclopedia de la psicopedagogía, pedagogía y psicología*. Editorial Océano, p. 893.
- Cortese, A. (2006). Los estados de ánimo positivos facilitan la conducta prosocial, publicado en <http://www.secretosenred.com/articles/41/1/Los-estados-de-animo-positivos-facilitan-la-conducta-prosocial/Pagina1.html>.
- Darley & Latané, B. (1968). Bystander intervention in emergencies: Diffusion of responsibility. *Journal of personality and social psychology*.
- Latane, B. & Darley, J. (1970). *The unresponsive bystander: Why doesn't he help* Englewood Cliffs. NJ: prentice Hall.
- Díaz Usandivaras, C. (2000). Familia y minoridad en riesgo, publicación interna de la Cátedra de Psicología Clínica de la Familia, Universidad de Belgrano, Buenos Aires, p. 3.
- Eisenberg (1982). *The development of prosocial behavior and morality*. Vols. 1 y 2. London: London Academic Press.
- Forgus (1972). *Percepción. Proceso básico en el desarrollo cognitivo*. México: Editorial Trillas.
- Fuentes, M. J., López, F., Etxebarria, I., Ledesma, A. R., Ortiz, M. J. & Apocada, P. (1998). Conducta Prosocial en Preescolares. *Infancia y Aprendizaje*, pp. 45-61.
- Garaigordobil, M. (2000). *Intervención psicológica con adolescentes. Un programa para el desarrollo de la personalidad y la educación en derechos humanos*. Madrid: Editorial Pirámide.
- González Portal, M.D. (1995). *Conducta prosocial: evaluación e intervención*. Madrid: Morata.
- Jiménez, M. (2000). En: <http://www.upb.edu.co/pls/>

portal/docs/PAGE/GP_UPB/GP_HOME_SE-
TENTA/GP_HOME_SETENTA_SEMI_FAMI-
LARES/FAMILIA%20FORMADORA%20
DE%20PERSONAS.DOC.

- Izen, A.M. & Simmonds, S.F. (1978). The effect of feeling good on a helping task that is incompatible with good mood. *Social Psychology, (now Social Psychology Quarterly)*, 41, pp. 345-349.
- London, P. (1970). The rescuers: Motivational Hypotheses about Christians who saved Jews from the Nazis. En Macaulay, J. y Berkowitz, L. (comps), *Altruism and helping behavior*. Nueva York: Academic Press.
- Macaulay & Berkowitz (1970). *Altruism and helping behavior*. New York: Academic press.
- Martínez, Y. (2006). No todo lo que percibimos es real. En: http://www.tendencias21.net/No-todo-lo-que-percibimos-es-real_a1139.html.
- Mc David, J. & Harari, H. (1979). En: *Psicología y conducta social*. Ed. Limusa Capítulo 8, pp. 248-298.
- Mena, M. (2003). Raíces familiares de la educación. El papel de la familia y su relación con la escuela. Ponencia presentada en el Primer Congreso de Ciencias Sociales y Tecnología en Educación: Desafíos. Universidad de Flores Buenos Aires, Argentina. Octubre de 2003. Disponible en: http://www.uflo.edu.ar/curso_extension/act03/utn/pr/panel5.htm#3.
- Molero, Candela & Cortes (1999). La conducta prosocial: una visión de conjunto. En: *Revista Latinoamericana de Psicología*.
- Moñivas, A. (1996). *Cuadernos de Trabajo Social* 9, pp. 125-142. Madrid: Ed. Universidad Complutense.
- Mune, F. (1967). *La construcción de la Psicología Social como ciencia*. Editorial Alamex S.A.
- Myers, D. (2000). *Psicología Social*. Sexta edición. Ed. McGraw-Hill.
- Omar, A. & Delgado, H. (2005). Las dimensiones de personalidad como predictores de los comportamientos de ciudadanía organizacional. *Estud. psicol. (Natal)* [online]. Vol. 10, No.2, pp. 157-166. ISSN 1413-294X. doi: 10.1590/S1413-294X2005000200001.
- Omoto, A. M., Snyder, M. & Berghuis, J. P. (1993). The psychology of volunteerism: a conceptual analysis and a program of action research. J.B. Pryor and G.D. Reeder (Eds). *The social psychology of HIV infection*, pp. 333-356. Gillsace. NJ: Erlbaum.
- Omoto, A.M. & Snyder, M. (1995). Sustained helping without obligation: motivation, longevity of service and perceived attitude change among AIDS volunteers. *Journal of Personality and Social Psychology*, Vol. 68, N° 4, pp. 671-686.
- Patterson, Debaryshe & Ramsey (1989). *Psicología del Desarrollo humano. Los primeros años de la vida*.

- Roche, R. (1991). Laboratorio de investigación prosocial aplicada en www.blues.uab.es/~ilpd3/teoricas.htm - 8k.
- Skinner, B. F. (1973). *Más allá de la libertad y la dignidad*. Barcelona: Ed. Fontanella.
- Staub, E. (1978). *Positive and social behavior and morality: social and personal influences*. Vol. 1. Nueva York: Academic Press.
- Vander Zanden, J. (1990). *Manual de Psicología Social*, Barcelona: Paidós, p. 626.
- Worchel, S., Cooper, Goethals, G. & Olson, J. (2002). *Psicología Social*. Ed. Thompson.
- Yus, R. (1997). Desde la cooperación en la escuela a la cooperación para el desarrollo, una relectura del pensamiento de Freinet en los albores del siglo XXI. Colectivo pedagógico de la Axarquía (Málaga). Artículo publicado en *Educación, Desarrollo y Participación Democrática. Proyecto y Tú... ¿Como lo ves?* Madrid: ACSUR Las Segovias, pp. 111-138.